

Un paso más

La publicación de nuestro segundo número, que tiene el lector ante sus ojos, supone dar un paso más en el camino que iniciamos el pasado mes de septiembre, fecha en que salió a la luz la *Revista Historia Autónoma*. En su momento ya dijimos que ese acontecimiento significaba cerrar una larga etapa de preparación, pero a su vez era el punto de arranque de esta revista, que ahora continúa y, esperamos, lo siga haciendo durante muchos años. El trabajo de este equipo editorial ha estado encaminado a seleccionar unos contenidos de calidad, que representen fructíferas líneas de investigación dentro de los estudios sobre el pasado y que han acabado cristalizando en los diferentes trabajos publicados en estas páginas. Manteniendo como claves de nuestra tarea el espíritu crítico, el rigor metodológico y la capacidad de análisis, junto a contenidos ya presentes en el primer número como artículos o reseñas hemos introducido dos novedades a fin de enriquecer la publicación. Se ha incluido una entrevista con el profesor Thomas Schumacher, de la Universidad Autónoma de Madrid, a través de la cual se ha pretendido comparar la situación de la arqueología en dos países con tradiciones tan dispares como España y Alemania. Por otro lado, figuran dos crónicas de reuniones científicas de reciente celebración, intentando dar a conocer cómo transcurrieron, cuáles fueron los principales temas tratados en ellas y qué aportaciones dejaron. En suma, un segundo número con el que buscamos ofrecer nuevas aportaciones al conocimiento histórico y dejar patente la importancia de los jóvenes investigadores dentro de la disciplina.

Queremos terminar la presentación de este segundo número agradeciendo su labor a aquellos responsables del Comité de Redacción que cesan en sus cargos una vez cumplido su periodo de trabajo. Estos compañeros han sido fundamentales a la hora de fundar esta revista y nunca podremos recompensar totalmente el papel que han desempeñado, deseándoles muchos éxitos en sus carreras investigadoras.

Desarrollar una investigación en la actualidad es enormemente difícil. En un contexto dominado por la incertidumbre más absoluta, en el que las sombras están mucho más presentes que las luces, emprender una investigación, llevarla a cabo, culminarla y encontrar un puesto laboral fruto de ella son, posiblemente, unas de las decisiones más valientes que puedan tomarse. Más si cabe teniendo en cuenta que la actual crisis económica que todo lo envuelve hace todavía más difícil embarcarse en un proyecto de tales características. Todo este panorama convierte al investigador en una profesión de riesgo, en peligro de extinción si no se toman las medidas adecuadas para impedir su desaparición, todavía que se está a tiempo de ello. Si el mundo de la investigación dejase de existir, se acabaría con una de las grandes vías de progreso con que han contado las sociedades humanas, condenando su evolución de una manera prácticamente irreversible.

Esta situación es común a todas las áreas de conocimiento, pero particularmente intensa en el campo de las ciencias sociales y las humanidades, dentro del cual se encuentra la disciplina histórica. La devaluación de este tipo de estudios no solo tendrá graves consecuencias para sus profesionales, sino que alcanzará al conjunto de la población. El paulatino abandono de tales ámbitos hará que los individuos dejen de contar con herramientas fundamentales que les han permitido desarrollarse como personas e interactuar con la sociedad de la que forman parte. Por lo tanto, se hace necesaria la reivindicación de los saberes humanísticos y sociales y del papel que juegan dentro de la investigación, sin entrar en su consideración o no como ciencia. De lo contrario, estaríamos abocados a perder referentes básicos de nuestra cultura, de nuestra forma de entender el mundo y, en definitiva, de nuestra propia existencia.

A nuestro juicio, los diferentes obstáculos a los que ha de enfrentarse una persona que quiera emprender una trayectoria investigadora pueden agruparse en tres grandes ámbitos.

Para empezar, los que uno debe superar *de entrada*, para poder iniciarla. El incremento del precio de los estudios universitarios, tanto de grado como de máster, impiden que una parte del alumnado, incapaz de hacer frente a los mismos, pueda acceder a la educación superior. Como consecuencia, el número de potenciales investigadores queda reducido desde bien temprano, eliminando la igualdad de oportunidades entre los ciudadanos y haciendo que solo puedan formarse quienes puedan costearse su etapa como estudiante.

También pueden observarse dificultades *durante* el periodo investigador. Uno de los más importantes es la reducción presupuestaria, que conlleva un fuerte descenso de becas y ayudas. El disfrute de éstas, incompatible con el desempeño de un puesto de trabajo, queda restringido, nuevamente, a las personas con una posición económica más holgada. Merece la pena destacar un tipo de subvenciones en serio peligro, las destinadas a la movilidad de los investigadores, ya sea dentro del país como hacia el extranjero. Su supresión tendrá serias repercusiones en tanto que dificultará el contacto con otras realidades sociales, culturales y académicas, acabando con una de las más poderosas vías de enriquecimiento formativo con las que hasta el momento contaban los futuros investigadores.

La tercera categoría corresponde a los problemas *de salida*, aquellos que deben afrontarse al finalizar el periodo investigador. La disminución de puestos docentes en las universidades incide directamente en las posibilidades de que los investigadores que han concluido su etapa doctoral puedan obtener una plaza en ellas. A este fenómeno hay que unir los recortes sufridos por otros centros de investigación y que no contribuyen a mejorar el panorama, sino todo lo contrario. De nada sirve que una persona decida comenzar una carrera investigadora si cuando la termine tiene escasas opciones de poder continuarla desde dentro del mundo académico, viéndose obligado a reciclarse laboralmente para poder ganarse la vida en otra profesión.

Frente a ello, creemos que existen soluciones para impedir que las medidas adoptadas en los últimos tiempos se conviertan en un camino de no retorno que acabe condenando la investigación en general, y el estudio del pasado en particular. Las frecuentes alusiones hechas al factor económico hacen indispensable que existan los recursos financieros necesarios para que haya una investigación puntera, de la máxima calidad y de la que formen parte los mejores profesionales de todas y cada una de las áreas de conocimiento. A su vez, es preciso que la sociedad tome conciencia de lo que significa contar con investigadores de primer orden, capaces de devolver en forma de conocimiento los años de formación que han dedicado. En un mundo que camina hacia la vulgaridad, el placer inmediato y la banalización de la cultura, conviene que se alce la voz para reivindicar la aportación trascendental que el mundo de la investigación lleva a cabo día a día, en ámbitos de nuestra vida cotidiana que por lo general pasan desapercibidos pero que son fruto de años y años dedicados a investigar. Una situación más grave aún en el caso de los estudios humanísticos, los cuales poseen una menor consideración social. Se hace imprescindible destacar sus funciones para el conjunto de la población como vía para evitar su condena al ostracismo, la marginalidad o su directa desaparición, con las graves repercusiones que ello tendría.

La oleada de movilizaciones que se están produciendo como respuesta a las decisiones adoptadas por el gobierno y que lesionan gravemente el panorama investigador está mostrando que buena parte de la comunidad universitaria está en contra de las mismas. Este clima de rechazo y sus múltiples manifestaciones deben convencernos de la necesidad de dar un paso más no solo para denunciar la situación sino para proponer alternativas que conduzcan a la mejora de la red investigadora española. El fin de un sistema de investigación potente, público y que responda a las necesidades de la sociedad nos condenará a todos mucho más de lo que podemos imaginarnos. Pocas veces se dice que la investigación es posiblemente la salida más eficaz para la crisis económica que padecemos y la mejor garantía para tener un futuro próspero. Obviarlo significará que todos acabaremos perdiendo.

Desde esta plataforma, pedimos que impere la cordura y la búsqueda del bien común no se vea subordinada a la obtención del beneficio económico instantáneo. La formación es una inversión, pero cuyos resultados se materializan a largo plazo. Respetar los tiempos que ello conlleva y comprender la potencialidad de contar con un sistema de investigación de primer nivel son claves para situar a éste en el lugar que le corresponde en nuestra sociedad. Es necesario sembrar para luego poder recoger una cosecha de considerable calidad, y los resultados de las investigaciones no surgen por generación espontánea. Los ajustes presupuestarios acabarán provocando la merma de la comunidad investigadora, puesto que es imposible hacer más con menos. Tendrán además graves consecuencias para los profesionales que están comenzando su formación, que verán frenadas sus aspiraciones porque los intereses responderán a las necesidades del mercado

y no a las demandas de la sociedad, al fin y al cabo, la matriz de la que surge y a la que debe servir el mundo de la investigación. Su pérdida solo hará que demos un paso atrás que nos costará mucho tiempo y esfuerzo recuperar.

Y no queremos concluir sin hacer nuestro particular homenaje al profesor Julio Aróstegui que lamentablemente falleció el pasado mes de enero. Muchos nos iniciamos en la investigación a partir de sus textos y seguirá siendo referente para las generaciones venideras.

Juan Carlos Merino y Marcos Marina. Directores de la *Revista Historia Autónoma*